

de paja, pero las delgadas vigas que lo sostenian, colocadas simétricamente, y el tejido de blancos juncos que adhería á ellas la paja, estaba hecho con tal maestría por los montañeses, que presentaba un aspecto verdaderamente artístico. Las paredes eran blancas y lisas, y en las laterales, ademas de dos puertas de entrada, habia una hilera de grandes ventanas, todo lo cual proporcionaba la necesaria ventilacion. Yo me sorprendí mucho de no encontrar en esta iglesia de pueblo, lo que habia visto en todos los demas de su especie, y aun en las de las ciudades populosas y cultas, á saber: esa aglomeracion de altares de malísimo gusto, sobrecargados de ídolos, casi siempre deformes, que una piedad ignorante adora con el nombre de santos, y cuyo culto no es, en verdad, el menor de los obstáculos para la práctica del verdadero cristianismo.

En casi todos los pueblos que habia yo recorrido hasta entónces, habia tenido el disgusto de encontrar de tal manera arraigada esta idolatría, que habia acabado por desalentarme, pensando que la religion de Jesus, no era mas que la cubierta falaz de este culto, cuyo mantenimiento consume los mejores productos del trabajo de las clases pobres, que impide la llegada de la civilización y que requiere todos los esfuerzos de un gobierno ilustrado, para ser destruido prontamente. *La Reforma*, me decia yo, debe comenzar tambien por aquí, y los hombres pensadores que la proclaman y defienden, no deben descansar hasta no aplicarla á un objeto tan interesante, porque creer que las teorías se desarrollarán solas en un pueblo que tiene costumbres inveteradas, es no conocer el espíritu humano, y no comprender la historia. Se ha promulgado ya la ley de *Libertad de*

*cultos*, es verdad, y desde luego se autoriza con ella la adoracion de tales santos; pero si el legislador descendiera hasta examinar atentamente lo que pasa en los pueblos con motivo de este culto idólatra, veria que la simple sancion de la libertad de conciencia, no basta para desterrar los abusos, para ilustrar á las masas y para hacer realizable la idea filosófica de los hombres modernos, que es la de fundar, si es posible, sobre los principios religiosos libres, el edificio de la prosperidad publica.

Se necesita, pues, en México una disposicion esencialmente *práctica*, que sin estar en pugna con la libertad religiosa otorgada por la ley, facilite, al contrario, su ejecucion, depure las costumbres paganas creadas por el fanatismo unas veces, y otras por la necesidad de complacer á los pueblos idólatras recién conquistados; y por

último, que favorezca y garantice la libertad de todos en la profesion de la fe religiosa.

De otro modo la *libertad de conciencia* podrá ponerse en práctica en los grandes centros populosos y cultos; pero difícilmente, casi nunca, en las pequeñas poblaciones poco civilizadas que constituyen el mayor número en nuestro país. Y me decia yo esto, por que habia visto en centenares de pueblos pequeños, y particularmente en los indígenas, establecido este culto, que malamente se llama cristiano, de una manera que causaria profundo dolor al mismo Fundador del cristianismo.

Pueblos hay en los que las doctrinas evangélicas son absolutamente desconocidas, porque allí no se adora mas que á San Nicolás, San Antonio, San Pedro ó San Bartolomé, y estos santos eclipsan

con su divinidad aun á la misma personalidad de Jesus. El dogma de esos pueblos infelices consiste en la narracion fabulosa de los milagros de su ídolo; milagros que por supuesto creen obrados por el ídolo mismo, sin intervencion de divinidades superiores. Y por eso, nada es mas comun que ver esas larguísimas caravanas de peregrinos indígenas que, con familia y todo, se dirigen á pueblos lejanos, abandonando los trabajos agrícolas, en busca del *santo* famoso á quien van á dejar el producto de sus miserables trabajos de un año.

Abolir estas prácticas; fundar la religion sobre principios mas sanos y mas útiles, es obra de la instruccion popular: pero ¡ay! esta obra tiene que ser muy lenta, si el Estado ha de realizarla solo por medio de esos apóstoles no siempre ilustrados que se llaman *maestros de escuela*; porque

éstos, muchas veces, por no pugnar con el espíritu del pueblo que los sostiene y con los intereses de los curas, se plegan á las costumbres viciosas, y son, por desgracia, sus eficaces propagadores en la niñez, que será mañana, el pueblo heredero de las tradiciones.

Pero en la iglesia de aquel pueblecillo afortunado, y en presencia de aquel cura virtuoso y esclarecido, comprendí de súbito que lo que yo habia creído difícil, largo y peligroso, no era sino fácil, breve y seguro, siempre que un clero ilustrado y que comprendiese los verdaderos intereses cristianos, viniese en ayuda del gobernante.

Hé ahí á un sacerdote que habia realizado en tres años lo que la autoridad civil sola no podrá realizar en medio siglo pacíficamente. Allí no hay *santos*; allí no veía yo mas que una casa de oracion y no un

templo de idólatras; allí el espíritu, inspirado por la piedad, podía elevarse, sin distracciones, ni encomendándose á medianeros horrorosos, hácia el Criador para darle gracias y para tributarle un homenaje de adoracion.

En efecto, la pequeña iglesia no contenia mas altares que el que estaba en el fondo, y que se hallaba á la sazón adornado con un Belen, concesion que tal vez habia hecho el cura á la tierna imaginacion de sus feligreses, aun no enteramente libre de sus antiguas aficiones.

Las paredes, por todas partes, estaban lisas, y, entónces, los vecinos las habian decorado profusamente con grandes ramas de pino y de encina, con guirnaldas de flores y con bellas cortinas de heno, salpicadas de escarcha.

Noté, además, que, contra el uso comun de las iglesias mexicanas, en ésta habia

bancos para los asistentes, bancos que entónces se habian duplicado para que cupiese toda la concurrencia, de modo que ninguno de los fieles se veía obligado á sentarse en el suelo sobre el frio pavimento de ladrillo. Un órgano pequeño estaba colocado á la puerta de entrada de la nave, y pulsado por un vecino, iba á acompañar los coros de niños y de mancebos que allí se hallaban ya, esperando que comenzara el oficio.

El altar mayor era sencillo y bello. Un poco mas elevado que el pavimento; lo dividia de éste un barandal de cantería pintado de blanco. Seguia el altar, en el que ardian cuatro hermosos cirios sobre candeleros de madera, y en el fondo estaba el *Nacimiento*, es decir, un portalito rústico, con las imágenes, bastante bellas, de San José, de la Virgen y del Niño Jesus, con sus indispensables mula y toro, y peque-

ños corderos; todo rodeado de piedras llenas de musgo, de ramas de pino, de encina, de parásitas muy vistosas, de heno y de escarcha, que es, como se sabe, el adorno obligado de todo altar de Nochebuena.

Tanto este altar, como la iglesia toda, estaban bien iluminados con candelabros, repartidos de trecho en trecho, y con dos lámparas rústicas, pendientes de la techumbre.

A las doce, y al sonoro repique á vuelo de las campanas, y á los acentos melódicos del órgano, el oficio se comenzó. El cura, revestido con una alba muy bella y una casulla modesta, y acompañado de dos acólitos vestidos de blanco, comenzó la misa. El incienso, que era compuesto de gomas olorosas que se recogian en los bosques de la tierra caliente, comenzó á envolver con sus nubes el hermoso cuadro

del altar; la voz del sacerdote se elevó suave y dulce en medio del concurso, y el órgano comenzó á acompañar las graves y melancólicas notas del canto llano, con su acento sonoro y conmovedor.

Yo no habia asistido á una misa desde mi juventud, y habia perdido con la costumbre de mi niñez, la unción que inspiran los sentimientos de la infancia, el ejemplo de piedad de los padres y la fe sencilla de los primeros años.

Así es que habia desdeñado despues asistir á estas funciones, profesando ya otras ideas y no hallando en mi alma la disposición que me hacia amarlas en otro tiempo.

Pero entónces, allí, en presencia de un cuadro que me recordaba toda mi niñez, viendo en el altar á un sacerdote digno y virtuoso, aspirando el perfume de una religion pura y buena, juzgué digno aquel

lugar, de la Divinidad; el recuerdo de la infancia volvió á mi memoria con su dulcísimo prestigio, y con su cortejo de sentimientos inocentes; mi espíritu desplegó sus alas en las regiones místicas de la oración, y oré, como cuando era niño.

Parecía que me habia rejuvenecido; y es que cuando uno se figura que vuelven aquellos serenos dias de la niñez, siente algo que hace revivir las ilusiones perdidas, como sienten nueva vida las flores marchitas al recibir de nuevo el rocío de la mañana.

Tal rabbellisce le smarrite foglie  
Ai mattutine geli arido fiore.

como dijo el Tasso.

La misa, por los demas, nada tuvo de particular para mí. Los pastores cantaron nuevos villancicos, alternando con los coros de niños que acompañaba el órgano.

El cura, una vez concluido el oficio, vino á hacer en lengua vulgar, delante del concurso, la narracion sencilla del Evangelio sobre el nacimiento de Jesus. Supo acompañarla de algunas reflexiones consoladoras y elocuentes, sirviéndole siempre de tema la fraternidad humana y la caridad, y se alejó del presbiterio, dejando conmovidos á sus oyentes.

El pueblo salió de la iglesia, y un gran número de personas se dirigió á la casa del alcalde. Yo me dirigí tambien allá con el cura.

## XI

La casa del alcalde era amplia, hermosa é indicaba el bienestar de su dueño. En el patio, rodeado de rústicos corredores, y plantado de castaños y nogales, se habian extendido numerosas esteras. Para los ancianos y enfermos se habia reservado el lugar que estaba al abrigo del frio, y para los demás se habia destinado la parte despejada del patio, en el centro del cual ardia una hermosa hoguera. Allí la gente robusta de la montaña podia cenar alegremente, teniendo por toldo el bellissimo cielo de invierno, que ostentaba á la sazon, en su fon-